



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

EDNA O'BRIEN
(Tuamgraney, Irlanda, 1930)

Es una de las voces más prestigiosas de la narrativa en lengua inglesa de nuestro tiempo, aclamada tanto por la crítica como por los más prestigiosos autores contemporáneos. Errata naturae ha publicado la mayoría de sus libros fundamentales, que ha presentado por primera vez a los lectores en español.

O'Brien siempre sintió la necesidad de escribir; sin embargo, en 1950 terminó sus estudios de Farmacia, que había comenzado obligada por su familia. Su carrera literaria arrancó con *Las chicas de campo* (1960), que le proporcionó fama mundial tanto por su calidad literaria como por reivindicar la independencia de las mujeres en un ambiente hostil. *La chica de ojos verdes* y *Chicas felizmente casadas*, que pueden leerse sin conocer el libro anterior, amplían las aventuras de las dos protagonistas de aquella primera novela. Considerada la *grande dame* de las letras irlandesas, desde la publicación de esa primera obra, Edna O'Brien ha creado un corpus literario único, con novelas como *Un lugar pagano* y *Las sillitas rojas*.

SOBRE CHICA DE CAMPO
LA CRÍTICA INTERNACIONAL HA DICHO:

«O'Brien vuelve a su verdadero yo y a su imborrable *irlandesidad*, elementos que han atraído a muchos lectores durante más de medio siglo, y que continuarán haciéndolo durante muchos años más». Jonathan Yardley, *The Washington Post*

«Su visión es implacable y su prosa suntuosa... La religión de O'Brien ha sido la literatura; ha permanecido devota, con una pasión que se contagia». Stacy Schiff, *The New York Times Book Review*

«Edna O'Brien tiene un talento que te hechiza, excepcional... Su evocación de la Irlanda de su niñez es delicadamente descarnada y hábilmente cómica... La vida de O'Brien reverbera con referencias literarias, y es su afilada agudeza, así como el hecho de que siempre se ha visto "atraída por el corazón salvaje de las cosas", lo que hace que tanto ella como su libro sean tan atractivos». Helen Davies, *Sunday Times*

CHICA DE CAMPO

EDNA O'BRIEN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

errata naturae

Para los guerreros de mis hijos,
Carlo y Sasha Gébler

«Hasta que no llegué aquí
no me di cuenta del todo: *estoy aquí*».
Tyson Gay, velocista estadounidense,
en vísperas de los Juegos Olímpicos
de Londres, 2012

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Country Girl*

© Edna O'Brien, 2012

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-59-2

DEPÓSITO LEGAL: M-338-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE CUBIERTA: Horst Tappe / Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRÓLOGO

Estaba en una clínica londinense del Servicio Nacional de Salud y una chica muy simpática con una mata de pelo castaño y acento extranjero me había sometido a unas pruebas auditivas. «Está usted estupenda, pero el oído lo tiene como un piano roto». Me miró para comprobar si su comentario surtía algún efecto de alarma y luego soltó una retahíla sobre los riesgos de la tercera edad. Por último anotó el día y la hora a los que debía ir a recoger los audífonos, cosa que yo hice concienzudamente, aunque no he conseguido hacerme a ellos. Se colaban por la cavidad de las orejas igual que canicas, y recuperarlos resultaba arriesgado. En realidad, siguen guardados en el sobre marrón donde llegaron.

En casa me esperaban el jardín, la segunda floración de las rosas, desteñidas y desastradas pero hermosas, y las hojas amontonadas bajo las tres higueras ondeaban con el vuelo desbocado de los pájaros que se perseguían, entre el cortejo y el combate.

La expresión «piano roto», con todas sus connotaciones, reverberaba sin cesar dentro de mi cabeza, y pese a todo me hizo pensar en la generosidad que me ha reservado la vida: he conocido la alegría y el dolor extremos, el amor correspondido y el no correspondido, el éxito y el fracaso, la fama y el vapuleo; he leído en la prensa que ya estaba caducada como

escritora y, peor aún, que era una «Molly Bloom de baratillo»; y, sin embargo, a pesar de todo, he seguido escribiendo y leyendo, he tenido la fortuna de sumergirme de lleno en esas dos actividades intensas que han apuntalado mi vida entera.

Saqué un libro de recetas del Ballymaloe House, un hotel del condado de Cork donde me había alojado un par de veces y donde había degustado manjares como la sopa de ortigas, el suflé de musgo irlandés, el posset de limón con geranio al aroma de rosas y el mazapán de grosella con tartaletas de plátano y caramelo. Allí vi por vez primera, y admiré estupefacta, los cuadros de Jack Yeats, paletas densas de azules cuajados que me hablaban de Irlanda con la misma profundidad que cualquier poema o fragmento en prosa. Busqué la receta del pan irlandés e hice una cosa que llevaba treinta y tantos años sin hacer. Pan. Por muy piano roto que fuera, me sentí más viva que nunca cuando el aroma del pan se apoderó del ambiente. Era un olor antiguo, fuente de muchos recuerdos, y así fue como aquel día de agosto de mi septuagésimo octavo año de vida me senté para empezar las memorias que me había jurado no escribir jamás.

PRIMERA PARTE

FANTASMAS

Los dos sueños no podrían ser más opuestos. En uno voy por el camino que lleva a Drewsboro, la casa donde nací, transformada en un verdadero templo. La luz dorada de los cristales, ondulante, las estancias inundadas de una luz cálida y rosada, como anunciando una celebración, y, a lo largo de la empalizada, antorchas de llamas que se pliegan y se despliegan. Cuando deslizo el pasador de la cancela y me dirijo a la entrada veo una fila de hombres de uniforme, soldados, las puntas de las lanzas al rojo vivo de parte a parte, como si acabaran de salir de la fragua. Tipos duros que me cierran el paso.

En el segundo sueño estoy en la casa, en la habitación azul donde nací. Puertas y ventanas cerradas a cal y canto, e incluso la ranura de debajo de la puerta, donde solía acumularse el polvo, está sellada con una especie de guata. El mobiliario es el de siempre: un armario de nogal de dos cuerpos con tocador y palanganero a juego. Está el cubo verde para la basura, con su tapa de mimbre trenzado. Yo estoy ahí, sola, encarcelada. Los demás han muerto. Estoy ahí para responder por mis crímenes. Da lo mismo que mis interrogadores estén todos muertos.

Me parece haber visto cosas antes de verlas realmente; siempre estuvieron ahí, de la misma manera que creo que las palabras

siempre están ahí, circulando a través de nosotros. Creo, por ejemplo, que reconocí las paredes azules de la habitación azul, unas paredes que rezumaban en silencio por la infinita humedad y la falta de calor, aunque había una chimenea, ridículamente pequeña en comparación con las dimensiones del cuarto, sobre la que se había colocado la tapa de una caja de bombones a modo de adorno. ¿Y la Virgen? No era la criatura cetrina de los cuadros que me encontraba en varias paredes, sino una Nuestra Señora de Limerick bien entrada en carnes con una hueste de niños recién nacidos a sus pies, como si acabara de darlos a luz. Un alumbramiento mucho más feliz que el de mi madre, que durante años habló del suyo: el parto, el larguísimo parto, la noche de diciembre y la escarcha negra, habitual en aquella época del año, la comadrona que no llegaba y el guirigay, que resultó ser en balde, cuando le anunciaron que yo había salido patizamba por haber llegado al mundo de mala manera. La criatura que me precedió había muerto siendo un bebé, pero yo siempre creí que no había muerto, que mi hermana estaba en uno de los dormitorios, en un armario, o dentro de la funda de un camión, y cuando ya había aprendido a andar, nunca subía sola al piso de arriba, ni siquiera de día.

Mi padre y su hermano, Jack, estaban abajo, bebiendo, y en cuanto les dieron la noticia subieron trastabillando, con unas tiras de carne de ganso que acababan de cocinar, siendo como era época navideña. Según mi madre, el ganso estaba medio crudo, rosa y correoso. Jack pronunció una versión adaptada de «Red River Valley»:

*Ven a sentarte a mi vera
si me quieres
no tengas prisa por decirme adiós*

*y recuerda el valle del río Rojo
y al vaquero que tanto te amó.*

Fui una niña fea; tan fea, que cuando el hijo de la pareja que vivía en la casa del guarda, Ger McNamara, capitán del Ejército irlandés, vino a felicitarla, mi madre le dijo que yo era tal adefesio que no podía enseñarme, y me mantuvo oculta bajo la colcha roja de espiguilla.

Este batiburrillo de anécdotas, chismes, alegorías y consternación llenó el lienzo de mis primeros años de vida, a un tiempo hermosos y aterradores, tiernos y despiadados.

Drewsboro era una casa grande de dos plantas, con ventanas en saledizo, a la que se accedía desde dos caminos, uno viejo y uno nuevo. La arenisca ligeramente dorada con que se construyó procedía de las ruinas calcinadas de una Big House¹ que había pertenecido a los ingleses y había ardido en los conflictos de la década de los veinte. De joven, mi madre era invitada a la fiesta al aire libre que cada año se celebraba para los campesinos del lugar, donde servían bollitos glaseados y limonada casera mientras las avispas zumbaban en torno a la mesa del bufé.

Algo debía Drewsboro a las estilosas viviendas que mi madre había visto en América. Tenía unas columnas decorativas en la entrada, ventanas en saledizo y un porche embaldosado al que llamaba zaguán, que daba a un recibidor

¹ La expresión Big House, en este contexto, se refiere a las casas de campo o mansiones de terratenientes en Irlanda procedentes de la clase anglo-irlandesa. Estas propiedades formaron el punto focal simbólico del dominio político anglo-irlandés de Irlanda desde finales del siglo XVI, y muchas fueron destruidas o atacadas durante el periodo revolucionario irlandés. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora).



también embaldosado. Ninguna otra casa de la zona tenía ni este tipo de ventanas ni zaguán. El césped tenía muchos árboles, pero no plantados en fila como en una hacienda, sino que cada uno disponía de su propio y enorme imperio; las hojas se agitaban y dormitaban tanto en verano como en invierno, y las ramas gemían y rechinaban, como a punto de expirar.

Cuando yo nací ya no éramos ricos. Teníamos la casa grande con sus dos caminos, cierto, pero los cuatro kilómetros cuadrados o más que mi padre heredó se habían vendido por parcelas, o regalado en arranques de generosidad, o trocado para saldar deudas. Había heredado una fortuna de unos tíos ricos que, al ordenarse sacerdotes, emigraron a Nueva Inglaterra y sirvieron en la parroquia

de Lowell, a las afueras de Boston. Allí combinaron los poderes espirituales y seculares y patentaron una medicina llamada Father John's, que supuestamente todo lo curaba y que se vendía por litros.

No muy lejos de nuestra casa quedaba el esqueleto de la casa antigua, también llamada Drewsboro, que como muchas otras Big Houses quedó reducida a cenizas para que los milicianos británicos, los Black and Tans, no se acuartelaran en ellas. Mi padre participó en la quema y describía el ánimo con que él y otros valientes empaparon unos trapos en petróleo y bañaron paredes y maderámenes con bidones de petróleo. Prendieron cerillas, y la pira resultante, visible en kilómetros a la redonda, fue una muesca más en la victoria sobre el invasor.

Mucho antes, Lord y Lady Drew habían vivido allí, y corría el rumor de que el fantasma de Lady Drew, con su vestido, vagaba de noche por nuestros campos llorando sus tierras perdidas, mujer desposeída.

Mi bisabuela, viuda, les compró la casa a los Drew con un dinero que había recibido de los curas de Lowell. Era una mujer altanera que todos los domingos se paseaba en calesa para inspeccionar sus tierras y el ganado y luego, adentrándose aún más, divisar los venados que salían de los matorrales para sumergirse en el corazón del bosque, donde los robles, los fresnos y las hayas habían crecido unos sobre otros. En mi niñez, el bosque se había transformado en dominio reservado a los zorros, armiños, tejones y martas que guerreaban en la noche mientras nuestros perros, demasiado asustados para aventurarse, ladraban histéricamente desde las lindes.

Aunque vivía sola, cada tarde se vestía para cenar, siempre de negro, con una gorguera blanca de encaje, y bebía ponche

de un cáliz de cuerno con los bordes de plata que exhibía el cuestionable lema de los O'Brien: *Might before Right*, «el poder antes que el derecho». Le servía un factótum llamado Dan Egan, al que habían dedicado un verso, al igual que a muchos vecinos:

*Dan Egan está en Drewsboro
los Wattle junto a la verja
Manny Parker por el paseo
y el Negro avanza en línea recta.*

El Negro tenía una cara de fresa que no era negra sino morada oscura, con bayas colgando. Trabajaba en una cantera de pizarra. Manny Parker era un eremita que aseguraba ser botánico, deambulaba por nuestros campos y a veces dormía en una tienda en nuestra ciénaga para poder estudiar las costumbres de las aves e insectos que, como él mismo, evitaban las chimeneas, los graneros y los atrios de las iglesias. A los Wattle los llamaban así porque una hija se les había ido a Australia y empleaba con frecuencia esa palabra, «acacia», en las cartas que dirigía a sus padres. En la ventana principal de su casa exhibían una postal en acordeón que mostraba arrecifes e islas azuladas.

Yo prefería el aire libre, los campos que daban a otros campos, la tormenta y el granizo, los chaparrones de lluvia y los de sol; luego, como por arte de magia, brotaban prímulas junto a los cardos altos y las bostas frescas que recibían el elegante sobrenombre de «tortitas». El tiempo volaba a la intemperie, pero dentro de casa todo era distinto, angustioso por lo general.

La familia de mi madre era muy distinta de la de mi padre, pobres desahuciados de los pudientes alledaños del condado de Kildare que penaron por la llanura central, se toparon con

las montañas y en un rincón dejado de la mano de Dios levantaron una cabaña sobre un pedazo de tierra rocosa. Quedaba a unos ocho kilómetros de Drewsboro, y yo a veces atribuyo mis dos identidades incompatibles a mis abuelas, el día y la noche, una dama y una campesina. Hace bien poco reflexioné sobre ello, cuando un periódico irlandés contactó conmigo para analizar mi ADN junto con el de otras personas con apellidos históricos. Vacilé a causa del procedimiento, pero el periodista me garantizó que cuando recibiera el kit él mismo me explicaría qué debía hacer exactamente paso por paso, y así lo hizo. Remité la muestra y a su debido tiempo fui informada de que, a tenor de las averiguaciones, comparto ADN con la última zarina rusa, con María Antonieta y con Susan Sarandon. Cuando me preguntaron qué opinaba de mi estirpe real lamenté el triste destino de las dos primeras, y mis esfuerzos por hablar con Susan Sarandon se revelaron inútiles.

Las ruinas de la Big House me fascinaban. Además de las comadreas, había otros signos de su vida anterior: de la sala de recepciones colgaban jirones de empapelado verde oscuro con un estampado de bellotas en relieve, y en la cocina un juego de gongs con gruesas costras de verdín, los fulgores argénteos y verdemares de los días de antaño. De una pila alta de escombros crecía un saúco que debían de haber plantado los pájaros, cuyas bayas recogíamos mi madre y yo con el fin de hacer un vino que había que esconder de mi padre, para que no se sintiera tentado por él y se volviera loco tras un simple sorbo. Lo reservábamos para los invitados, que, aparte de los gitanos y Mabel la loca, eran pocos y muy espaciados. Los pedañitos de una escalera iban a dar en lo que alguna vez fue un salón de baile, alimentando las diversas fantasías que yo elaboraba sobre bailes, carrozas por el camino trasero y lacayos que

se precipitaban con pedacitos de turba prendida para escoltar a los invitados. Habría gaiteros a la entrada y mesas con jarras de vino con especias, y un festín como en las sagas antiguas. A mi bisabuela me la representaba vestida de tafetán negro con una chaquetilla de armiño y un ramillete, violetas, tal vez, o alguna otra flor silvestre. Mi madre, al oír mis desvaríos, primero sonreía y luego fruncía el ceño, desesperada como estaba por tener que ocuparse de todo, y probablemente percibiendo que la pródiga sangre de los O'Brien se imponía en mí, más que la de su propia gente, los Cleary, que se aferraron incondicionalmente a su parcelita en la montaña.

Una vez, al volver de la escuela, me encontré con un alguacil tomando el té en nuestra cocina. Era un tipo afable, y enseguida me dio conversación, me preguntó qué había aprendido ese día. Luego me pidió que recitara un poema. Yo recité «Fontenoy», una balada heroica de condes y jefes tribales irlandeses que añoraban su tierra, desterrados y sirviendo en brigadas extranjeras por toda Europa. Era muy conmovedor y patriótico, pues incluso en el fragor de la batalla sentían hambre y sed de su condado de Clare.

Mi madre me llamó a la despensa y se llevó un dedo a los labios para hacerme entender que no debía contarle a nadie la ignominia en que habíamos caído. Mi padre había salido, presumiblemente a pedirle dinero a alguien, regresó ya casi de noche y se puso a debatir con el alguacil, que acto seguido se marchó. Se había pospuesto el desastre. Luego, un alboroto. Las yeguas. Las yeguas, qué derroche, todo el día paseándose por los campos y comiéndoselo todo, había que mandarlas a la granja de sementales para que las cubrieran, comiéndose todavía más dinero, y encima perdían las carreras; así lo veía mi madre, por puro rencor. Había una, Shannon Rose, a la

que tenía una ojeriza especial, decía que la potrilla podría haber llegado primera si hubiera querido, pero que había preferido quedar tercera, cuando la diferencia entre el importe de los premios era exorbitante. La disputa concluyó con mi padre yéndose a dormir, lo cual era preferible a que saliera a darse una vuelta y se viera tentado a beber por la cólera y la frustración.

Para mí los caballos siempre han sido esas criaturas peligrosas que llevaban a peleas y a una indignancia inminente, de ojos húmedos y brillantes que contrastaban con sus movimientos, erráticos e imprevisibles cuando pasaban relinchando de un campo a otro. Los veía en los campos y luego reproducía mentalmente ese grandioso despliegue de energía cada vez que explotaban al unísono en un galope desquiciado, con las colas arqueadas al viento, moviéndose audaces y raudos, impregnados del polvo que ellos mismos levantaban y dando la impresión de flotar en su euforia.

Hace dos veranos se inauguró una placa en mi honor en una de las columnas que daban al camino viejo. A diferencia de los tiempos en que se me consideraba poco menos que una Jezebel debido a mis libros, ahora el párroco declaraba desde el altar que era un honor tenerme allí y recomendó a todos que asistieran a la ceremonia. Hubo una pequeña multitud, y niños que pedaleaban de acá para allá soltando risotadas mientras yo pronunciaba un breve discurso acerca de la influencia de Drewsboro en mi escritura. «Una fuente de inspiración» fue la fórmula a la que recurrí, provocando todavía más risas a los críos.

Era una cálida tarde de verano y posteriormente mi sobrino Michael y yo decidimos aventurarnos por la hierba alta y

reptar bajo el alambre de espino para visitar la casa. Estaba volviendo a la naturaleza: árboles, zarzas y arbustos se habían movilizado cual ejército para tomar posesión de ella. La hiedra y los plantones se encaramaban donde los mampuestos se unían al yeso, junto con brotes, zarzas y helechos que se abrían camino para tener donde agarrarse, estableciendo su propiedad sobre el lugar como nadie entre los vivos había sido capaz. Hasta los gatos monteses se habían ido. Varias rosas rojas y aterciopeladas plantadas por mi madre se enhebraban entre los setos caídos, y mientras cogía unas pocas como recuerdo para mí, Michael se cortó, y el chorro rojo de la sangre fue tan vívido como los recuerdos que atesoraba. Ésta es la casa que mi madre luchó por mantener en pie, la casa que juró no legar nunca al ingrato de su hijo, la casa de nuestras historias inconclusas y nuestras disputas inacabadas.

La muerte de mi madre fue repentina. Yo había ido a verla al Mater Hospital de Dublín, donde había ingresado por la culebrilla. Con ayuda de una monja, sor R., de quien se había hecho amiga, se aplicaba un ungüento marrón sobre las erupciones; lo había conseguido a través de un curandero, y ambas creían que así sanaría. Debían darle el alta al cabo de una semana, pero, pidiéndome que me acercara, me dijo que teníamos que ir a casa aquel mismo día. Mi cometido era hablarlo con la jefa de enfermeras y el médico, y alquilar un coche para ir y volver. Ocurría lo siguiente: hace mucho tiempo, cuando corrían el riesgo de perder la vivienda, mi padre, tras uno de sus arrebatos etílicos, devorado por los remordimientos, había cedido la propiedad a mi madre, que sabría administrarla mejor. Dos años antes, tras mucho insistir, mi hermano John le había pedido a nuestra madre que hiciera testamento, añadiendo que él y su mujer la acompañarían al notario. Y así lo hizo



ella, dejándole Drewsboro a él, con la sincera esperanza de poder redactar otro testamento posteriormente. Lo que ahora quería era volver a casa en secreto para hacer el segundo testamento, cediéndome a mí la casa y la parcelita. Yo le dije que no había prisa y que tendríamos todo el tiempo del mundo para hacerlo sin secretismos una vez que se recuperara.

A día de hoy, por mucho que trate de reconstruirlo, no acierto a discernir el momento exacto de la muerte de mi madre, si bien conozco las circunstancias. Fue en marzo de 1967. Yo volvía de Nueva York en avión, y cuando entré en mi casa estaba sonando el teléfono; era mi hermana, que llamaba para darme la noticia. Más tarde, a través de sor R. me enteré de las varias idas y venidas de aquel último e impreciso día. A mi madre iban a darle el alta. Iba a acudir un chófer para recogerla. Desde la hora del desayuno estaba lista, vestida para el viaje, sentada en la cama con un andador y un bastón que la monja le había dado a escondidas como regalo para su marido. Días

antes, pecando de indiscreta, había hablado a varias enfermeras de lo orgullosa que se sentía de su intención de cambiar el testamento. Una de ellas, que presumía de ser amiga de mi hermano, lo llamó urgentemente a su consulta de Monastervin para darle parte del pérfido plan que su madre andaba urdiendo. John se presentó en el hospital hecho una auténtica furia. Por desgracia, aquel día sor R. tenía un curso en la universidad y no presenció el desagradable enfrentamiento, pero, como me contó en una carta, cuando volvió a la hora del almuerzo y pasó a saludar se topó con una espantosa tensión entre madre e hijo.

«Una pena que no hayas venido antes», le dijo mi madre, a duras penas conteniendo las lágrimas, y la monja, que prefirió no inmiscuirse en los sinsabores familiares, se excusó. Al parecer, mi hermano se marchó poco después y, aún vestida para el viaje, mi madre aguardó la llegada del chófer, que ya llevaba unas horas de retraso.

La carta de sor R. me la entregó el señor de las pompas fúnebres en la capilla, después de que metiesen el ataúd y lo colocaran sobre el caballete, y allí mismo la leí. Me contaba la accidentada visita de la hora del almuerzo y que cuando más tarde se enteró de que mi madre todavía no se había marchado se acercó a verla, sólo para descubrir que estaba en el baño, desde donde pedía ayuda quejosamente. La sacaron y, como se puso lívida y empezó a temblar, llamaron al equipo de reanimación cardíaca y la llevaron inmediatamente al quirófano. Cuando leí las palabras de sor R., «Tuve que separarme de ella», me di cuenta de lo profunda que era la amistad que se había forjado entre las dos en muy poco tiempo. Parece ser que, mientras esperaban para ponerle un marcapasos, mi madre se reanimó por un breve instante, se incorporó en la cama

y, en una última y desesperada tentativa de grandeza, pidió a quienes la acompañaban que no lloraran, pues «ya no habrá más muerte». Nunca me sentí tan unida a ella como cuando leí que aquellas palabras habían salido de sus labios: mi madre, que toda su vida consideró la literatura como algo hostil, pronunció aquellas palabras a modo de despedida.

Después del funeral vino el notario del pueblo a la casa para leer en voz alta el testamento. Formábamos un grupo pequeño: mi padre lloraba, repitiendo una y otra vez que habíamos perdido a la mejor amiga del mundo; mi hermana, su marido, mis hijos y yo. Faltaba mi otra hermana, que vivía en Sudáfrica. Al otro lado de la chimenea, en la que no ardía fuego ninguno y a la que mi padre había arrojado centenares de colillas en los doce días de ausencia de mi madre, se encontraban mi hermano y su mujer. Yo percibía la presencia de mi madre cuando la puerta de la vitrina de la porcelana se abría de par en par, cada vez que llegaba alguien. Oía su voz, quejándose de que las tacitas con motivos de violetas se hubieran resquebrajado, pero aun así las conservó para meter el pan de azúcar. El testamento era muy breve. Dejaba Drewsboro y las tierras colindantes a su hijo y a su nuera, en el caso de que él muriera antes. Cada una de sus tres hijas recibimos recuerdos, porcelana, plata y cristalería. Se produjo un silencio, y mi hermano rodeó a su mujer por el talle con mucho histrionismo y dijo: «Bueno, cariño, ahora ya todos sabemos a quién quería mamá de verdad».

Sus palabras me parecieron tremendamente petulantes, falsas, y me imaginé a mi madre en sus últimas horas de vida, sola y abandonada, temblorosa por la disputa provocada por él, y me di cuenta de que el día en que me rogó que la acompañara a Clare para cambiar el testamento ya vislumbraba una

muerte repentina, porque cuando me marchaba me agarró la mano y dijo: «Espero salir viva de ésta».

Sin embargo, mi hermano y su mujer nunca vivieron allí, sino que prefirieron volver a su *bungalow* de Mountshannon, a unos ocho kilómetros de distancia, que él había comprado para cuando se jubilara. A tal punto se había apoderado de ellos algún miedo o fobia, que no durmieron ni una sola noche en Drewsboro, donde dejaron apenas una radio, pusieron candados a las puertas de los dormitorios, cubrieron con sábanas el sofá bueno, colocaron una alambrada de espino y levantaron una valla electrificada para que no nos acercáramos. Los dos han muerto ya y, según me contó Michael, corrían muchos rumores, como el de que iban a convertir la casa en una residencia de ancianos o en un hotel de cinco estrellas, o que la derribarían para construir en la parcela un centenar de *bungalows*.

Pero bajo la luz centelleante de aquel atardecer de agosto en el que un pedazo de enredadera ya enrojecida celaba una ventana del piso superior, me pareció que aquel lugar contenía y siempre contendría, por muchos *bungalows* u hoteles de cinco estrellas que hubiera, su propia esencia, ese elemento que le atribuía el nombre sagrado y perdurable de Hogar.